

minotauro

PHILIP K. DICK

LOS TRES ESTIGMAS
DE PALMER ELDRITCH



PHILIP K. DICK

LOS TRES ESTIGMAS
DE PALMER ELDRITCH

minotauro

Título de la edición original:
The Three Stigmata of Palmer Eldritch

Copyright © 1964, Philip K. Dick
Copyright renewed © 1992, Laura Coelho,
Christopher Dick e Isa Hackett.
All rights reserved

© Traducción de Marcelo Tombetta

© Editorial Planeta, S. A., 2003
Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0715-0
Depósito legal: B. 17.031-2019

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

1

Barney Mayerson se despertó con un insólito dolor de cabeza. Estaba en una habitación desconocida de un conapt desconocido. A su lado, con la sábana cubriéndole los hombros desnudos y tersos, dormía una chica desconocida que respiraba con la boca entreabierta y cuya cabellera era una mata blanca como el algodón.

Apuesto a que llego tarde al trabajo, se dijo. Se deslizó para salir de la cama y, tambaleándose, se incorporó; tenía los ojos cerrados y procuraba dominar las náuseas que sentía. Solo sabía que se encontraba a varias horas de viaje de su oficina, y quizá ni siquiera en Estados Unidos. Sea como fuere, estaba en la Tierra; la gravedad que le hacía perder el equilibrio era familiar, normal.

Y más allá, en la habitación contigua, al lado del sofá, un maletín conocido, el de su psiquiatra, el doctor Smile.

Descalzo, entró en el salón sin hacer ruido y se sentó junto al maletín; lo abrió, pulsó unos interruptores y se conectó al doctor Smile. Los contadores se activaron y el mecanismo emitió un zumbido.

—¿Dónde estoy? —preguntó Barney—. ¿Y a qué distancia me encuentro de Nueva York?

Eso era lo más importante. Entonces vio el reloj en la pared de la cocina del apartamento: eran las 7.30. Todavía era temprano.

El mecanismo, que era la extensión portátil del doctor Smile y estaba conectado por medio de un micro-relé con el ordenador del sótano de Renown 33, el conapt de Barney en Nueva York, exclamó con una voz metálica:

–¡Señor Bayerson!

–Mayerson –lo corrigió Barney, alisándose el pelo con los dedos crispados–. ¿Qué pasó anoche? –Solo entonces, sintiendo a la vez una repulsión visceral, vio sobre la barra de la cocina las botellas medio vacías de whisky, de bitter y de agua mineral, los limones exprimidos y los cubos de hielo–. ¿Quién es esa chica?

–La chica que está en la cama es la señorita Rondinella Fugate. Roni, como ella misma le ha pedido que la llamara.

El nombre le sonó vagamente familiar y, en cierto modo, curiosamente relacionado con su trabajo.

–Oiga –dijo hacia el maletín.

Pero justo en ese momento la chica comenzó a moverse en el dormitorio; Barney desconectó al doctor Smile en un santiamén y se incorporó, incómodo y avergonzado al estar solo en calzoncillos.

–¿Ya te has levantado? –preguntó la chica con una voz somnolienta. Se levantó como pudo y se sentó frente a él. No está mal, pensó Barney, tiene unos ojos grandes y hermosos–. ¿Qué hora es? ¿Ya está listo el café?

Barney fue a la cocina y encendió el hornillo; el agua para el café empezó a calentarse. Oyó el ruido de una puerta que se cerraba; la chica se había retirado al cuarto de baño. Se oía correr el agua. Roni estaba duchándose. Barney regresó al salón, y volvió a conectarse con el doctor Smile.

–¿Qué tiene que ver ella con Equipos P.P.? –preguntó.

–La señorita Fugate es su nueva asistente; llegó ayer de la China Popular, era consultora pre-fashion de Equipos P.P. en aquella región. De todas formas, aunque tenga talento, tiene muy poca experiencia, y el señor Bulero decidió que trabajar de asistente para usted durante un tiempo le permitiría... iba a decir «adquirir experiencia», pero no quisiera que me interpretara mal, dado que...

–Perfecto –dijo Barney.

Entró en la habitación, encontró su ropa amontonada en el suelo –sin duda, tal como él la había dejado– y comenzó a vestirse despacio. Sentía unas náuseas muy fuertes y cada vez le costaba más reprimir las ganas de vomitar.

–Tiene razón –le dijo al doctor Smile mientras volvía al salón abotonándose la camisa–. Recuerdo el informe del viernes sobre la señorita Fugate. Su talento conjetural es intermitente. Se equivocó con aquel artículo «Monitor con escenas de la Guerra Civil Americana»..., creía que iba a tener éxito en la China Popular. –Se rio.

La puerta del baño se entreabrió; alcanzó a ver a Roni, que estaba secándose: rosada, limpia y satinada.

–¿Me llamabas, cariño?

–No –respondió él–. Hablaba con mi médico.

–Todo el mundo comete errores –sentenció el doctor Smile, algo ausente.

–¿Cómo fue que ella y yo... –inquirió Barney señalando la habitación– en tan poco tiempo...?

–Es una simple cuestión de alquimia –respondió el doctor Smile.

–Vamos, en serio.

–Bueno, siendo ambos precognitores, habéis previsto la posibilidad de tener una relación erótica. Así, después de tomar unas copas, habéis pensado: ¿para qué seguir esperando? *Ars longa, vita brevis*.

El maletín dejó de hablar porque Roni Fugate apareció, desnuda, en la puerta del baño; pasó sigilosamente frente a ellos y fue hacia la habitación. Barney pudo ver su cuerpo estrecho y esbelto, de un porte soberbio, los pechos pequeños y erguidos, con unos pezones que no eran mucho más grandes que dos guisantes rosados. O, mejor dicho, dos perlas rosadas, pensó corrigiéndose.

–Quería preguntártelo anoche –dijo Roni Fugate–. ¿Para qué consultas a un psiquiatra? Dios mío, además lo llevas contigo a todas partes; no te has separado de él ni una sola vez y lo has dejado encendido incluso cuando... –Arqueó una ceja y lo miró inquisitivamente.

–Pero en ese momento lo apagué –observó Barney.
–¿Me encuentras bonita?

Poniéndose de puntillas, de pronto se estiró, se pasó las manos por detrás de la cabeza y, ante el asombro de Barney, se lanzó a una serie de frenéticos ejercicios, dando saltos y volteretas, sacudiendo los pechos.

–Claro que sí –susurró él, desconcertado.

–Calculo que pesaría una tonelada si cada mañana no hiciera estos ejercicios de la Unidad de Artillería de la ONU –dijo Roni Fugate, jadeante–. ¿Querrás servir el café, cariño?

–¿De verdad que eres mi nueva asistente en Equipos P.P.? –preguntó Barney.

–Por supuesto. ¿Acaso no lo recuerdas? Me parece que eres como la mayoría de los mejores precogs: ves el futuro con tanta claridad que apenas tienes vagos recuerdos del pasado. Y de anoche, ¿qué recuerdas exactamente?

Roni interrumpió los ejercicios, jadeando.

–Bah, creo que todo –respondió él vagamente.

–Escucha. El único motivo por el que te paseas con un psiquiatra es porque has recibido la convocatoria al servicio militar, ¿no es cierto?

Tras una pausa, Barney asintió. De eso sí que se acordaba. Había recibido el famoso sobre alargado y azul verdoso una semana antes; el miércoles próximo le tocaba pasar la prueba psicológica en el Hospital Militar de la ONU, en el Bronx.

–¿Te ha servido? –preguntó ella señalando el maletín–. ¿Te ha hecho sufrir lo suficiente?

Barney se volvió hacia la extensión portátil del doctor Smile:

–¿Y a usted qué le parece?

El maletín respondió:

–Desgraciadamente, señor Mayerson, es usted todavía absolutamente apto para el servicio; puede soportar hasta diez freuds de estrés. Lo siento. Aunque todavía nos quedan algunos días, acabamos de empezar.

Roni Fugate fue a la habitación, recogió la ropa interior y empezó a vestirse.

–Imagina –dijo ella pensativa–. Si te reclutan, mi querido Mayerson, y te mandan a las colonias... quizá podré ocupar tu puesto. –Sonrió y dejó ver una hilera de dientes blancos y simétricos.

Era una perspectiva nada halagüeña. Y frente a ella el talento de precog no podía ayudarlo: el resultado pendía graciosamente, en perfecto equilibrio, de la balanza de las futuras relaciones de causa y efecto.

–Tú no podrías hacer mi trabajo –dijo él–. Ni siquiera pudiste hacerlo en la China Popular, donde la situación es relativamente simple en cuanto a la determinación de preelementos.

Pero algún día ella iba a poder; eso era algo que él podía prever claramente. Era muy joven y desbordaba talento innato: para igualarlo –y no había otro como él en su oficio– solo necesitaba unos años de experiencia. A medida que tomaba conciencia de su situación fue despertándose del todo. Era muy probable que lo reclutaran y, aunque no lo fuera, Roni Fugate podía arrebatarse el puesto sin ningún problema, ese puesto tan envidiable y entrañable, por el que había trabajado pacientemente durante trece años.

Ante esta situación harto delicada, no se le había ocurrido nada mejor que acostarse con ella. Y ahora se preguntaba cómo había podido llegar a eso.

Barney se inclinó hacia el maletín y dijo en voz baja: –Me gustaría que me dijera por qué diablos, con todos los problemas que tengo, decidí...

–Yo puedo decírtelo –gritó Roni Fugate desde la habitación. Se había puesto un suéter verde claro ajustado y se lo abotonaba frente al espejo del tocador–. Tú me lo dijiste anoche, después del quinto whisky con soda. Dijiste... –Hizo una pausa, le brillaban los ojos–. Es un poco vulgar. Dijiste: «Si no puedes con ellos, únete a ellos». Solo que, lamento decirlo, el verbo que usaste no fue precisamente «unirse».

–Hum –dijo Barney.

Fue a la cocina a servirse una taza de café. De todas formas, no estaba lejos de Nueva York; obviamente, si la señorita Fugate trabajaba también para Equipos P.P., debía encontrarse a una distancia razonable de su lugar de trabajo. Podrían incluso viajar juntos. Sería fantástico. Se preguntó si Leo Bulero, su jefe, lo aprobaría si llegaba a enterarse. ¿Había una política oficial de la empresa sobre los trabajadores que se acostaban juntos? Había, eso sí, una política para todas las co-

sas... Aunque le costaba entender cómo un hombre que se pasaba la vida en las lujosas playas de la Antártida o en las clínicas alemanas de Terapia Evolutiva tenía aún el tiempo de concebir reglas para cualquier eventualidad.

Algún día, se dijo para sus adentros, viviré como Leo Bulero, en lugar de quedarme en Nueva York a una temperatura de 82 grados...

Sintió un temblor bajo sus pies, el suelo vibró. El sistema de refrigeración del edificio se puso en marcha. Ya estaba amaneciendo.

A través de la ventana de la cocina asomó un sol ardiente y hostil, más allá de los edificios que se perfilaban en el horizonte. La reverberación le hizo cerrar los ojos. Sin duda, sería otro día infernal, el calor seguramente superaría esta vez los veinte wagners. No hacía falta ser un precog para adivinarlo.

En el conapt 492 –una numeración miserablemente elevada– de los suburbios de Marilyn Monroe, Nueva Jersey, Richard Hnatt desayunaba, distraído, y leía en el homeodiarario, más distraído aún, el boletín meteorológico del día anterior.

El glaciar más importante, el Ol' Skintop, había bajado 4,62 grables en las últimas veinticuatro horas. Y, a mediodía, la temperatura de Nueva York había superado los 1,46 wagners del día anterior. Además, la humedad, debido a la evaporación de los océanos, había aumentado 16 selkirks. De manera que el clima era más húmedo y caluroso. La vasta procesión de la naturaleza avanzaba con fragor, pero ¿hacia dónde? Hnatt apartó el periódico y recogió el correo distribuido antes del alba... Hacía tiempo ya que los carteros no salían de día.

La primera factura que le llamó la atención fue la de los gastos de condominio por la refrigeración del apartamento. Una verdadera estafa. Le debía al conapt 492 exactamente diez pieles y media por el último mes, lo cual significaba un aumento de tres cuartos de piel con relación a abril. Algún día, pensó, hará tanto calor que *nada* impedirá que este lugar se derrita. Se acordaba de aquel día del '04 en que su colección de elepés se había fundido en un bloque compacto a causa de una avería momentánea en el sistema de refrigeración. Ahora las cintas eran de óxido de hierro, y no se fundían. Y en aquella misma ocasión murieron en el acto todos los loros y los pájaros ming venusianos del edificio. Y la tortuga del vecino quedó achicharrada. Aquello había ocurrido durante el día, cuando todos –al menos los maridos– se encontraban en el trabajo. Las mujeres, en cambio, se habían refugiado en el piso subterráneo más bajo, creyendo (se acordó de Emily mientras se lo contaba) que finalmente había llegado el momento tan temido. Y no era dentro de un siglo, *sino en aquel preciso instante*. Habían creído que las previsiones del Caltech eran erróneas... Pero, obviamente, no era así, solo se trataba de la ruptura de un cabo de alimentación eléctrica; los culpables eran los de mantenimiento del servicio público de Nueva York. Los robots operarios habían acudido inmediatamente a repararlo.

Sentada en el salón y envuelta en una bata azul, su mujer barnizaba minuciosamente una pieza de cerámica, con la lengua entre los labios y los ojos brillantes... El pincel se movía diestramente y Hnatt enseguida adivinó que sería una buena pieza. La visión de Emily trabajando le recordó la tarea que le esperaba ese día: una tarea desagradable.

De mala manera dijo:

–Quizá deberíamos esperar antes de abordarlo.

–Nunca tendremos un catálogo mejor –respondió Emily sin apartar la mirada de su trabajo.

–¿Y si dice que no?

–Seguiremos adelante. ¿Piensas que vamos a abandonar solo porque mi exmarido no puede prever, o no quiere prever, el valor de estas piezas en el mercado?

–Tú lo conoces, yo no –dijo Richard Hnatt–. No es vengativo, ¿verdad? No te guarda ningún rencor, ¿no?

Por lo demás, ¿qué rencor podía guardar el exmarido de Emily? Nadie le había hecho daño, o en todo caso era al revés, al menos según lo que Hnatt llegó a entender de lo que Emily le había contado.

Era extraño oír hablar siempre de Barney Mayerson sin haberlo visto o conocido nunca. Pero ahora ya no sería así, pues tenía una cita con él a las nueve de la mañana en su oficina de Equipos P.P. Por supuesto, Mayerson llevaría la voz cantante: podía echar una mirada fugaz al catálogo de piezas de cerámica y declinar la oferta con una excusa. No, diría. A Equipos P.P. no le interesa miniaturizar estos objetos. Confíe en mi capacidad de precog, mi experiencia y mi talento pre-fashion para el marketing. Y Richard Hnatt se marcharía, con la colección de piezas bajo el brazo, sin saber a qué puerta llamar.

Miró por la ventana y comprobó con repulsión que el calor superaba ya los límites de la tolerancia humana; las arterias peatonales de pronto habían quedado desiertas, todo el mundo había corrido a refugiarse. Eran las ocho y media, había llegado el momento de salir; se levantó y fue al armario del vestíbulo a buscar el casco y la unidad de refrigeración obligatoria; la ley exigía que todos los usuarios del transporte público lle-

varan en la espalda, hasta el anochecer, una unidad de refrigeración.

–Hasta luego –le dijo a su esposa, deteniéndose en la puerta.

–¡Hasta luego y buena suerte!

Estaba cada vez más concentrada en el laborioso barnizado y de pronto él se dio cuenta de que aquella era la prueba de lo tensa que estaba; no podía parar, ni siquiera un momento. Abrió la puerta y salió al pasillo; sintió en la nuca el sopló frío de la unidad de refrigeración.

–¡Eh! –llamó Emily, mientras él comenzaba a cerrar la puerta; había levantado la cabeza y se había apartado el pelo castaño de los ojos–. Videofóname en cuanto salgas de la oficina de Barney, tan pronto sepas algo.

–De acuerdo –dijo Hnatt, y cerró la puerta.

Bajando la rampa, entró en el banco del inmueble, retiró su caja fuerte y la llevó a una habitación privada. Allí extrajo el maletín desplegable con el muestrario de las piezas de cerámica que pensaba enseñar a Mayerson.

Poco después se encontraba a bordo de una nave interinmueble isotérmica, rumbo al centro de Nueva York y al imponente y pálido edificio de cemento sintético de Equipos P.P., cuna de Perky Pat y de todos los accesorios de su mundo en miniatura. La muñeca que ha conquistado al hombre mientras el hombre conquistaba los planetas del sistema solar, pensó Hnatt. Perky Pat, la obsesión de los colonos. El símbolo de la vida en los planetas-colonias... ¿Qué más necesitaba uno saber acerca de esos desgraciados que, de acuerdo con las leyes de la ONU sobre el reclutamiento selectivo, habían sido expulsados de la Tierra y se veían obligados a iniciar una nueva existencia alienígena en Marte, Venus o Ganimedes o en cualquier otro lugar al que

a los burócratas de la ONU se les ocurriera depositarlos..., y que sobrevivían pese a todo?

Y nosotros aquí, quejándonos de que estamos mal, dijo para sus adentros.

El sujeto sentado a su lado, un hombre de mediana edad que vestía un casco gris, una camisa sin mangas y unos *shorts* rojos brillantes —una prenda muy de moda entre los ejecutivos—, observó:

—Nos espera otro día infernal.

—Sí.

—¿Qué lleva en esa caja tan grande? ¿El almuerzo para un refugio de colonos marcianos?

—Piezas de cerámica —dijo Hnatt.

—Apuesto a que para cocerlas le basta con dejarlas fuera al mediodía. —El ejecutivo se rio, después abrió el homeodiarario en la primera página—. Parece que una nave proveniente del espacio exterior se ha estrellado en Plutón —dijo—. Enviaron a un equipo de reconocimiento. ¿Cree usted que se trata de *esas criaturas*? En realidad, no soporto las cosas que vienen de otras estrellas.

—Es más probable que se trate de una de nuestras naves de regreso de una misión —dijo Hnatt.

—¿Ha visto ya alguna de esas criaturas de Próxima?

—Solo en fotos.

—Espeluznante —dijo el ejecutivo—. Si encuentran esa maldita nave en Plutón y descubren una de esas cosas, espero que las aniquilen con láser; después de todo, tenemos una ley que les prohíbe entrar en nuestro sistema.

—En efecto.

—¿Puedo ver sus piezas? Mi negocio son las corbatas. Las corbatas orgánicas Werner, de imitación artesanal, en toda una gama de colores titanianos. Son como la que llevo puesta, ¿la ve? Los colores en reali-

dad son una forma de vida primitiva que importamos y que luego criamos aquí, en la Tierra. El método con el que los inducimos a reproducirse es nuestro secreto industrial, como la fórmula de la Coca-Cola.

–Por un motivo similar –dijo Hnatt– no puedo mostrarle estas cerámicas, aunque lo haría con gusto. Son nuevas. Se las estoy llevando a un precog pre-fashion de Equipos P.P.; si decide miniaturizarlas para los accesorios Perky Pat, el negocio está hecho: solo es cuestión de transmitirle la información al *disc jockey* de Equipos P.P., ¿cómo se llama?, ese que gravita alrededor de Marte...

–Las corbatas Werner de imitación artesanal son parte del kit de accesorios Perky Pat –le informó su interlocutor–. Su novio Walt tiene un armario lleno de corbatas. –Esbozó una sonrisa radiante–. Cuando Equipos P.P. decidió miniaturizar nuestras corbatas...

–¿Habló usted con Barney Mayerson?

–No fui yo quien habló con él, se encargó nuestro director regional de ventas. Dicen que Mayerson es un hombre difícil. Se deja llevar por impulsos, y cuando toma una decisión es irrevocable.

–¿Se equivoca alguna vez? ¿Ha rechazado alguna pieza que más tarde se haya puesto de moda?

–Por supuesto. Aunque sea un precog, no deja de ser un ser humano. Voy a decirle algo que quizá pueda ayudarlo. Desconfía enormemente de las mujeres. Hace dos años que se divorció, pero todavía no se ha recuperado. Su mujer se quedó embarazada dos veces y el consejo directivo de su inmueble, creo que es el conapt 33, se reunió y votó la expulsión de ambos, por haber transgredido las reglas del edificio. Imagínese, el 33; con lo difícil que es acceder a esos apartamentos. De manera que él prefirió conservar el apartamento y divorciarse de su mujer, dejando que ella se mudara con el niño.

Más tarde comprendió que se había equivocado y cayó en una profunda depresión; obviamente, se reprochaba haber cometido semejante error. Un error natural, sin embargo. Dios mío, ¿qué no daríamos usted y yo por tener un apartamento en el 33 o el 34? Nunca volvió a casarse; a lo mejor es un neocristiano. De todas formas, cuando vaya usted a venderle las piezas, tenga cuidado al abordar el tema «mujeres». No diga por ejemplo: «Esto gustará a las señoras» o algo parecido. La mayoría de las piezas vendidas al por menor son adquiridas...

–Gracias por el consejo –dijo Hnatt levantándose y, aferrando su maletín desplegable, enfiló por el pasillo hacia la salida.

Suspiró. La partida iba a ser ardua, quizás imposible; no podía hacer nada frente a las circunstancias de una época muy anterior a la de su relación con Emily y sus piezas, esa era la clave del problema.

Tuvo la suerte de conseguir un taxi inmediatamente. Mientras lo transportaba por el tráfico laberíntico del centro, recorrió el homeodiarario con la mirada y se detuvo con particular interés en la noticia sobre la nave que, según se decía, había llegado de Próxima para estrellarse en los helados páramos –¡vaya eufemismo!– de Plutón. Se conjeturaba que podía tratarse del renombrado magnate interplanetario Palmer Eldritch, quien diez años antes había salido rumbo al sistema Próxima, invitado por el Consejo Prox de Tipos Humanoides, para que modernizara las autofabs siguiendo el modelo terrestre.

Desde entonces, nada más se supo de Eldritch. Y ahora llegaba esta noticia.

Será mejor para la Tierra que Palmer Eldritch no esté de vuelta, se dijo Hnatt. Palmer Eldritch era un

profesional solitario, extraño y asombroso; había hecho milagros durante la implantación de las autofabs en los planetas-colonias, mas, como de costumbre, había ido demasiado lejos. Se habían amontonado bienes de consumo en lugares inverosímiles, donde ni siquiera existían colonos que pudieran aprovecharlos. Y se habían transformado en montañas de escombros que la intemperie corroía paulatina e inexorablemente. Tormentas de nieve, si es posible imaginar que todavía existen en algún rincón... Y pensar que quedaban lugares realmente fríos. Demasiado fríos, incluso.

–Hemos llegado a destino, caballero –le informó el taxi automático, deteniéndose frente a un edificio amplio pero casi completamente subterráneo. Equipos P.P., con sus empleados circulando con aire eficiente por las distintas rampas termoprotegidas.

Pagó el taxi, saltó fuera y echó a correr por el espacio exiguo y abierto hasta la rampa de acceso, sujetando el maletín con ambas manos. Por un momento quedó expuesto a la luz desnuda del sol y sintió –o imaginó sentir– que crepitaba. Calcinado como un sapo, seco y sin linfa, pensó mientras alcanzaba a resguardarse en la rampa.

Se encontraba en el subsuelo; una recepcionista lo introdujo en el despacho de Mayerson. Las habitaciones, frescas y envueltas en una luz tamizada, invitaban a relajarse, pero él no podía; aferró el maletín todavía más fuerte, se contrajo y, aunque no era neocristiano, musitó una confusa plegaria.

–Señor Mayerson –dijo la recepcionista, dirigiéndose no a Hnatt sino al hombre del escritorio. Era más alta que Hnatt y llevaba un vestido escotado y zapatos de tacón altos–, el señor Hnatt. Señor Hnatt, el señor Mayerson. –Detrás de Mayerson había una chica con un suéter

verde claro y una cabellera blanca. El pelo era demasiado largo y el suéter demasiado ajustado—. Señor Hnatt, la señorita Fugate. La asistente del señor Mayerson. Señorita Fugate, el señor Richard Hnatt —prosiguió la recepcionista con las presentaciones.

Barney Mayerson continuó con la lectura de un documento, como si no hubiese advertido la presencia de nadie, y Richard Hnatt esperó en silencio, sintiendo que la rabia le cerraba la garganta; angustia también, y sobre todo un hilo de creciente curiosidad. Se encontraba por fin frente al marido de Emily, el mismo que, según decía el vendedor de corbatas orgánicas, todavía lamentaba amargamente el día de su divorcio. Mayerson era un hombre más bien robusto, rayano en la cuarentena, con el pelo insólitamente ondulado y despeinado, ajeno a la moda del momento. Parecía aburrido pero no mostraba señales de agresividad. Sin embargo, quizás aún no había...

—Veamos sus cerámicas —dijo de pronto Mayerson.

Richard Hnatt posó el maletín desplegable sobre el escritorio, lo abrió, extrajo una a una las piezas de cerámica, las acomodó meticulosamente y retrocedió.

—No —dijo Mayerson tras una pausa.

—¿No? —preguntó Hnatt—. ¿Cómo que no?

—No funcionarán —dijo Mayerson. Retomó el documento y se puso a releerlo.

—¿Quiere usted decir que esa es su decisión? —inquirió Hnatt, incapaz de creer que todo había concluido.

—Exactamente —confirmó Mayerson.

Ya no mostraba ningún interés por las cerámicas; para él era como si Hnatt ya no estuviera allí.

—Perdone, señor Mayerson —dijo la señorita Fugate.

—¿Qué pasa? —preguntó Mayerson mirándola.

—Lamento tener que decirlo, señor Mayerson —dijo

la señorita Fugate; se acercó a las piezas, tomó una y la sujetó entre las manos, sopesándola y acariciando su superficie brillante—, pero mi impresión es muy distinta de la suya. Creo que estas piezas de cerámica tendrán éxito.

Hnatt miró primero a uno, después al otro.

—Acérqueme esa. —Mayerson señaló una pieza gris oscura; Hnatt enseguida se la alcanzó. Mayerson la tuvo un momento entre las manos—. No —dijo finalmente, con aire preocupado—. Sigo pensando que no tendrán éxito. Creo que está equivocada, señorita Fugate. —Dejó la pieza—. De todas formas, como la señorita Fugate y yo no pensamos lo mismo... —se rascó la nariz pensativamente—, déjeme este catálogo unos días; voy a examinarlo con mayor atención. —Era obvio que no lo haría.

Alargando el brazo, la señorita Fugate alcanzó una pieza pequeña de forma extraña, se la acercó al pecho y la meció casi con ternura.

—Especialmente esta. De esta recibo emanaciones muy poderosas. Será la que tendrá más éxito.

—Estás loca, Roni —dijo con calma Barney Mayerson. Parecía realmente enfadado. Tenía una expresión violenta y sombría—. Le videofonaré —dijo a Richard Hnatt—. Una vez que haya tomado la decisión final. Pero no veo motivos para cambiar de opinión, así que no se haga ilusiones. Es más, ni se moleste en dejar aquí esas piezas. —Echó una mirada dura y desagradable a la señorita Fugate.